



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

△▽

## **En el despacho del ministro**

Una luz entre amarilla y rosada, llena de átomos inquietos, penetra por una de las ventanas del despacho. La luz se cuela por entre el cortinaje carmesí ornado de flecos, cordones y borlas de oro viejo. Después, esparciéndose con lentitud sobre la alfombra, llega hasta el sofá estilo Luis XV en el que está dormido el Ministro, y se detiene sobre el ángel de bronce que corona los dos cubos de cristal del tintero. El ángel, que tiene una espada en la mano, resplandece como recién fundido y lanza reflejos irisados sobre los papeles que cubren la mesa escritorio. El Ministro se despierta con sobresalto. (¿Quién le ha hablado en voz baja en el oído?) Y, lo primero que ve es el ángel, el ángel que lo deslumbra como un ascua.

El Ministro, aún sugestionado por el ansiado mensaje mentido por el sueño reciente, se levanta y va hasta la ventana que ha quedado entreabierta toda la noche. Todavía brillan luces en los barcos surtos en la celeste bahía del río.

-No, no han llegado -se dice con desencanto.- Era solamente un sueño.

Hace meses que espera a los cañoneros que han de defender de norte a sur ese río que allá fluye hacia el mar lejano. [34]

Con pasos rápidos llega hasta la mesa de trabajo, enciende la lámpara. Minutos después ya ha trazado, con caracteres enérgicos, el texto de un telegrama. Hay un profundo silencio en Palacio. El Secretario y los ujieres tardarán una hora en llegar.

-País de inconscientes -masculla- tribu violenta devorada por luchas civiles, ha malbaratado sus parques y diezmado su ejército. El enemigo ha aprovechado nuestras discordias para infiltrarse en la mitad de su territorio todavía salvaje, y está construyendo fortines a pocas jornadas de ese río tan codiciado. ¡Ese territorio debería ser hoy un inmenso emporio de riqueza!

El Ministro es un hombrecillo de cabeza grande, pálido rostro triangular, negros ojos dominadores. Durante las últimas semanas ha trabajado hasta altas horas de la noche. Exhausto, el sueño lo ha rendido, cerca ya del amanecer, en ese sofá donde acaban de despertarlo la luz intrusa y el engañoso mensaje de un sueño.

Desde la terminación de la última guerra civil, el Ministro ha pugnado por restaurar las finanzas, pacificar los espíritus, armar a la nación en peligro. Han sido cinco años de paz difícil, de enormes sacrificios, de tenaz porfía contra su propio partido y la oposición clamorosa. Pero ha logrado sanear la moneda, pagar deudas ingentes, restablecer el crédito público y comprar armas. Ahora espera, ansioso, los modernos cañoneros que ya deberían haber llegado a través del mar y subido por ese río indefenso.

Emisarios suyos (en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Estados Unidos) han negociado pertrechos militares y maquinarias agrícolas. Técnicos nacionales y extranjeros han reorganizado, bajo su severa supervisión, los cuadros del ejército. Hombre de pocas palabras, el Ministro prefiere escribir a hablar; su pluma [35] acerada corre infatigable sobre hojas con el escudo de Hacienda; van dirigidas al Presidente, a los demás Ministros, a los jefes de Administración. En cada frase suya hay una insofrenable mordacidad, una incitación que suena como perentorio mandato. Ya nadie se ofende. Finalizado su período presidencial, ha ocupado el Ministerio de Hacienda, el suyo. Pero sigue siendo él el Primer Magistrado. Su autoridad dominadora no se discute; la acata más que nadie el que hoy es su jefe nominal. «El Ministro es así»- se repite en Palacio y en todos los círculos de Poder. Lo que él decide debe cumplirse sin chistar. El Ministro deshace las objeciones más respetuosas con una mueca de desdén e impaciencia. Se acepta cuanto manda porque él ha asumido una voluntad nacional que antes de él no existía en el país desquiciado.

Se oye un rumor de pasos y de voces sofocadas en la antesala del despacho. El Ministro hace sonar el timbre. La alta puerta, a mano izquierda del salón hexagonal, se abre con cautela. Un ordenanza adolescente asoma la cara morena con los ojos aún turbios de sueño.

-¿Ha llegado el Secretario?

-Sí, Excelencia.

-Que venga ahora mismo.

El secretario Dr. Luis Macías entra a toda prisa en el despacho con dos carpetas rebosantes de papeles.

-Dr. Macías, usted ha llegado diez minutos tarde. Haga sacar copias de ese telegrama; envíe el mismo texto a todos nuestros emisarios en Europa y en Estados Unidos. [36]

-Muy bien, señor Ministro.

-Lea primero el telegrama aquí mismo y dígame si la advertencia es o no clara.

-Con mucho gusto...

El Ministro se ha cruzado de brazos, y espera.

-Sí, Sr. Ministro... Lo que usted insinúa es muy claro. Pero, ¿cree usted que es indispensable...? ¿No sería algo ofensivo?

-Hay que defender los fondos públicos a toda costa. En algunos de esos patriotas no hay sólo un ladrón en ciernes sino cuarenta, como los de Alí Babá, ¿Entiende? Bien. Averigüe en el Ministerio de Guerra y Marina por qué no han llegado los cañoneros; qué hacen allá lejos, río abajo.

-Muy bien, señor Ministro.

El Secretario se dispone a marcharse. Se inclina levemente, y da media vuelta hacia la puerta.

-Dr. Macías, un momento...

-Sí, Señor Ministro.

El Ministro le clava los ojos escrutadores: - Dígame, ¿baja o no baja el río?

Perplejo, el Secretario no sabe qué contestar. Es un hombre serio, reservado y tímido, que nunca puede anticipar las salidas de su jefe. [37]

-El río... sigue igual, Sr. Ministro. Siempre bajando hacia el Sur, sí; pero no de nivel.

-Pues que no baje de nivel. Sería lamentable.

-¡Ah! Olvidaba, Sr. Ministro: El Dr. Arnulfo Padrón ha pedido audiencia varias veces esta semana. Se la he fijado a las nueve, hoy mismo.

-¿Y por qué usted no me ha consultado? ¿Quién le ha dicho a usted, Dr. Macías, que yo quiero ver a ese delincuente?

La ira desfigura el rostro triangular; las cejas las tiene juntas, la boca en rictus casi felino. La mano derecha del Ministro, endurecida por la esgrima en lustros de práctica diaria, da un puñetazo sobre las carpetas del Secretario.

Cuando éste desaparece del despacho, el Ministro va hacia la ventana que domina el paisaje del río. Allí apoya ambas manos sobre el barandal del balcón de pulidos balaustres de mármol y escruta el panorama ya casi intolerablemente luminoso de la bahía. A los pies del balcón, un arriate bien cuidado de rosales en flor, despide hacia él un perfume delicioso. En ese momento, el ordenanza entra con el desayuno ministerial.

El Dr. Arnulfo Padrón se ha vestido para la entrevista como para un Te Deum. Saco negro, pantalón rayado, polainas grises. Bajo el nudo de la corbata, una perla reluciente. El Dr. Padrón es ceremonioso y algo ridículo; dos pasiones le han envejecido prematuramente; la envidia y la codicia. Su semblante verdoso no siempre puede disimular el juego interior de las dos pasiones. Su [38] boca es un tajo de color marrón oscuro; este tajo se mueve de un lado a otro mientras pronuncia palabras melosas que le salen afuera como masticadas; sus ojos saltones relucen o se nublan como los de un activo batracio que entra en un área abundante en insectos; sus manos huesudas, si no juegan constantemente con el bastón de empuñadura de plata, dan la impresión de que, libres, se apoderarían de cualquier objeto valioso que estuviera a su alcance. El Dr. Padrón ha ganado reputación de intelectual ilustrado en varias disciplinas. Su pluma asedia a los periódicos nacionales o extranjeros que no objetan la pesadez de su estilo. El Dr. Padrón ha publicado docenas de folletos sobre economía y finanzas; ha dado a luz a plúmbeos ensayos de crítica literaria. El Dr. Padrón es también poeta, un poetaastro crasa y cursivamente erótico. Esta abundante producción le ha dado renombre, sin duda por ilegible.

Condiscípulo del Ministro en la Universidad, el Dr. Padrón le ha tenido siempre una envidia corrosiva; pero desde la elevación del ex condiscípulo, el Dr. Padrón le muestra una deferencia ceremoniosa, obsecuente y zalamera.

Esta mañana de septiembre, mientras el Dr. Arnulfo Padrón se dirige a Palacio y avanza por los jardines, no las tiene todas consigo. Tanto en Inglaterra como en Bélgica ha extremado su habilidad para borrar todas las huellas de sus fraudes y cohechos. El negocio turbio de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles, lo inquieta. El pudo detectar la no difícil complicidad de sujetos equívocos en esos países; los precios fueron convenientemente alterados; el Dr. Padrón embolsó considerables sumas en libras esterlinas; la otra gran operación, la de los camiones para el Ejército, motivó sospechas en Washington, en la misma Legación de Washington. ¿Habrá llegado a oídos del Ministro el rumor que [39] circuló no sólo entre los diplomáticos nacionales sino entre los extranjeros, especialmente entre los diplomáticos del país que ahora maquina una agresión cada vez más desembozada? Él trató de ahogar este rumor gastando generosas sumas de preciosos dólares para agasajar debidamente a los suspicaces. ¿Habrá logrado su propósito?

El temor de que los ojos de lince del Ministro hayan captado en las líneas y entre las líneas de los contratos la evidencia del fraude, lo hizo estremecer. Ya era tarde para volver sobre sus pasos y huir; los marineros en uniforme de gala de la Guardia de Palacio presentaban sus armas con estrépito marcial; esto ocurría a menudo; lo confundían con algún Embajador, con un Ministro de Estado. Las gradas de la

escalinata de mármol se le ofrecían a sus botines empolainados; el Dr. Padrón recordó que no debía subir esas gradas; el despacho del Ministro estaba en la planta baja; torció hacia la izquierda y en pocos minutos estuvo en la antesala. Frente al espejo de una dorada consola se vio demasiado elegante como para presentarse ante el hombre austero y temido; hubiera deseado deshacerse de las polainas, de los guantes, del bastón, del lujoso sombrero hongo y esconder, bajo la solapa, la perla reluciente. Pero ya lo anunciaban al Ministro:

-El Dr. Arnulfo Padrón...

En el centro del despacho, colgante del techo artesonado, brillaban las bujías y los infinitos caires de una antigua araña de cristal. Esto fue lo primero que vio; al fondo, una altísima ventana entreabierta y, por último, casi demasiado cerca para su expectación, la mesa del Ministro, el ángel de bronce del tintero; detrás, la gran cabeza calva bañada en luz eléctrica, el rostro triangular sobre [40] un expediente. En torno a la mesa había unas sillas de estilo Luis XV. Mentalmente eligió una de ellas, mientras decía con voz que quiso ser alborozada y amable:

-Sr. Ministro... buenos días...

El Ministro permaneció inmutable, absorto en el estudio de un expediente. Tal vez no lo hubiera oído. Lentamente tomó una pluma, la sumergió en el tintero del ángel, y trazó unas líneas al pie del escrito. Después estampó su firma, y el rasgueo de la pluma fue ominosamente audible para el visitante. De fuera venía un rumor de automóviles que llegaban a la entrada frontal del Palacio. Pero en el despacho el silencio se prolongaba como si la alfombra mullida y las cortinas carmesíes absorbieran el más leve ruido. En las paredes, los óleos de los próceres parecían querer eternizar aquel silencio.

-Señor Ministro: muy buenos días... Vengo a presentar informe oral de mi exitosa, de mi exitosa misión -repitió el barbarismo con fatuidad- en Europa y en los Estados Unidos.

Sólo entonces los ojos dominadores se levantaron hacia donde sonaba la voz.

-Ya he leído el informe escrito; ya he leído los contratos. Ninguna de sus artimañas ha podido ocultar sus desfalcos.

-¡Señor Ministro, me han calumniado! ¡Yo tengo envidiosos! ¡Hemos sido condiscípulos! ¡Usted me conoce! ¡Mejor dicho, tú, desde antes, Catón, -así te llamábamos- me conoces...! [41]

-¡No le permito tutearme! ¡Bien le conozco a usted! Y el inglés y el francés no me son lenguas desconocidas. Jamás la gramática parda que usted ejerce en tres idiomas podría ocultarme el fraude y el cohecho.

-Yo soy un hombre probo y un patriota, Sr. Ministro; ¡usted me ofende! ¡Sea objetivo y ecuánime!

-¡Usted es un miserable, Dr. Padrón! ¡Retírese!

El aludido alzó ambos brazos con dramático estupor. En la mano derecha tenía el sombrero; en la izquierda el bastón y los guantes.

-¡Retírese!

Al bajar los brazos, la contera del bastón dio en el respaldo de una silla y cayó. El Dr. Padrón, tembloroso y amarillo, se inclinó sobre la alfombra roja, asió la empuñadura de plata, se irguió súbitamente furioso, ofendido y cobarde y dio unos pasos hacia la Puerta.

-¡Alto ahí! -gritó el Ministro. Abrió una gaveta y empuñó un pesado revólver. Se oyó nítidamente el cric metálico del arma al ser amartillada.

-¡Los ladrones no salen por la puerta: huyen por la ventana! Aterrorizado, retrocedió Padrón hasta la ventana entreabierta; al tropezar con el barandal del balcón, diose vuelta y arrojó al jardín el sombrero, el bastón, los guantes.

-¡Salte, ladrón!

No hubo más remedio. Cayó de bruces, de puro miedo, abiertos los brazos y las piernas, como un batracio, sobre rosales llenos de rosas y de espinas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**